

La calle del silencio

La calle del silencio/ Patricia Cuaranta
-1ª ed. Buenos Aires, 2017-

ISBN 978-987-1586-92-9

© Patricia Cuaranta
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

PATRICIA CUARANTA
La calle del silencio

POSTALES RUIDOSAS

por Julia Wong Kcomt

Leo, releo el manuscrito de Patricia. Lo he fotocopiado y lo llevo conmigo en la mochila, al restaurante, al metro, al puerto. Lo he llevado a un café cerca de la Acrópolis y lo vuelvo a leer. Me suceden las imágenes, como si acabara de visitar diez ciudades argentinas y hubiera comprado postales arrugadas, viejas, escondidas en los escaparates para turistas. Imágenes iconoclastas de ese país inmenso del sur, imágenes que no se han vendido, que se han quedado suspendidas en el tiempo, paralelos sin cronómetro, geometría entre el dolor y la derrota. De pronto, envueltas en palabras escogidas con esperanza de abandonado, se va repintando un fresco con colores estridentes y empuja a gritar aquello que siempre se calla para la historia oficial.

Cada quien esconde sus mitos de seda, sus pianos arcaicos y desafinados, sus incendios, sus pubis violados, sus calles abandonadas, sus árboles vacíos, y el nombre que no alcanza a escribirse en luces de neón, porque la provincia está apagada, lejos, empequeñecida o atorada por la grandilocuencia del poder.

Estas postales de *La calle del silencio* nos hacen un triple favor, al ser convocadas por la autora, para sacar a la luz esos estropajos viciados de los que difícilmente hablamos porque nos avergüenzan. Una porque nos horizontaliza, en toda la dimensión de la muerte, el abandono, el olvido y la injusticia. Nos pone al mismo nivel de los que como en “Iguala” se sacrifican en silencio para ser escuchados, allí donde la bella música de las jerarquías los ha escondido debajo de la alfombra. Otra porque alguien ha hecho el trabajo sucio que todos tenemos pendiente con nuestra folclórica e inhumana civilización de colonizados, y la tercera y más terrible porque nos convoca con urgencia espasmódica a curar las heridas históricas de nueva esclavitud y falta de compasión real entre habitantes de este continente.

Latinoamérica, habitada por sus filigranas migratorias, con la sangre y el sudor del anonimato que baña al obrero, al vecino avergonzado, al que no se atreve. Latinoamérica busca una autora como Patri-

cia Cuaranta y le exige: “nómbreme, aquí donde más estoy desgañitada y golpeada”. Y Cuaranta hace su labor de espejo, con obediente pincel y lápiz, corazón, pluma y consecuencia geográfica; revalora cada verbo en un pliegue que apretado eyecta pus y demonios, pero que después nos deja limpios y serenos, de esa ingratitud con el espacio que tapamos con el dedo más sucio que tenemos.

*a mi último amor
a nuestra hija Selene*

a Norma mi hermana

*a los que siempre están cerca de los silencios
implacables de esta vida*

Esculpes las señales

y mis manos desafían el teclado.

Dejo atrás las hojas secas de la calle vieja
y te miro trazar el nuevo surco de la vida.
A la distancia no vemos
apenas somos cansadas, voces
que nos hablan al oído
y mi boca se apelmaza
para amarte pronto
con las palabras que aún no logran descifrar
ese misterio absurdo por el que te amo tanto.

Seda roja

Quise hacerlo todo bien. Me habían enseñado, cuando viví en Hong Kong, que si el esposo le ataba un hilo rojo a los pies de la mujer y los liaba con los suyos el amor sería eterno. Nunca te vi pero te amé. Cuando llegaste con la seda roja, me imaginé flotando en ella. Te acercaste silenciosa, me besaste y me envolviste por completo. Cerré los ojos y sentí el ardor en el cuello; nunca te vi pero te amé.

Romeo y Julieta

(*Montoneros, Patria o Muerte unidos venceremos*)

Se amaban tanto que se habían prometido morir uno junto al otro. Leían, militaban, aun así seguían atrapados en la belleza de Romeo y Julieta. El país se había convertido en un lugar extraño, siniestro. Todo lo conocido los expulsaba lejos, no tenían sosiego. Los diarios de la mañana escatimaban la información, pero lo cierto es que todos los días había muertes, persecuciones, gente atemorizada para a llegar a su trabajo, para volver, luego de una jornada imprevisible.

No lo pensaron más, tomaron unas pocas cosas, el libro de poemas de Cortázar y otro de Benedetti, que a ella no le gustaba tanto, pero tenía ese poema que los había marcado: *si te quiero es porque sos...* Llegaron a la frontera con Brasil, él hizo unas extrañas llamadas desde un teléfono público, desvencijado y con restos de pintura naranja, chorreando por todas partes.

Ella esperaba sentada, tomándose un café, su último café, de pronto vinieron unos tipos con bigotes y gafas negras y casi en silencio se la llevaron. El Turco pasó solo la frontera, llegó a Brasil, se salvó. Volvió la democracia, regresó: fue gobernador, se arrepintió de la violencia de los años setenta. Al parecer murió en paz. Ella desapareció y nunca más encontraron sus rastros: *si te quiero es porque sos mi amor mi cómplice y todo...*

¿Quién merece vivir?

¿Ese hijo de puta que le tiró a mi hermano
con una 45 negra, por la espalda?

Lo dejó en la silla. Ya no se mueve.

Mejor que lo pateen y lo escupan nada más.

Que no me hablen del Papa. Me cago en dios.

Pubis: ¿acaso te amó? ¿Alguno de los tantos asesinos de tu pubis, te amó? Angelical, la mirada de esas niñas, madres de nadie, de esos guachos tirados por ahí.

Paradojas

Durante su joven existencia, no había profesado religión alguna, salvo abrazar la causa y la construcción de una mirada latinoamericana para un mundo mejor. Pensar en la identidad lo había movido a conocer a los primeros pobladores de aquellas tierras y sus historias cosmogónicas. Nunca sospechó que la delación de una militante del ERP lo llevaría a las cárceles de la dictadura; nunca imaginó que sus ideas salvarían a otra pareja militante de una muerte segura.

Nunca imaginó que compartiría con ellos tantas noches de encuentros y títeres. Nunca imaginó. Nada de ello. Que él se salvaría, su joven mujer embarazada y el niño. Nunca había leído la Biblia. Fueron tantas primeras veces. Aconteció la pasión de Cristo, los clavos, la cruz y la resurrección de la carne. Sus manos de artista lo plasmaron en pequeños papeles o cartones rescatados de algún medicamento, incluso de las manos de un carcelero conmovido. Y fue el boceto.

Cuando pudo alcanzar por fin su libertad, y estaba lejos y muy cerca de aquel arrebato súbito de la vida, en Brasil ejecutó la saga. Aún eran los últimos estertores de la dictadura y se atrevió a mandar un par de obras al concurso en el museo más importante de Rosario. Obtuvo el primer premio. La paradoja de la condena fue el premio y el castigo. Fuiste demasiado lejos, maldito. La libertad te condena y te premia. ¿Y aún no creés en nada?

No te dije que te amaba.

No entendiste.

Cuando te empujé del auto en pleno campo no pretendía que comprendieras la naturaleza exuberante de los climas tropicales.

Apenas intenté darte de beber una de tus farsas constantes.

Pero la noche es piadosa. Te tragó oscura y fría, como el último escarabajo de la muerte, en el traspíe final de su tarea visceral, comiéndose tu risa.

Ningún puente en Madison

Cuando subió al colectivo de línea en su pueblo, pensó que jamás regresaría. Llovía y lloraba, todo era agua salada y triste, las heridas no se notaban, pero iban por dentro abiertas, y sangraban en gotas pequeñas y espesas. Sabía que nunca más miraría los rostros de la locura familiar. Se sentó en el asiento con el número asignado, le pesaban los libros y el pequeño bolso apretado de ropas y objetos personales, puestos tan rápido, que algunos asomaban o empezaban a abrirse paso, en la trama de la tela vieja y gastada de lanas rojas y amarillas.

No se dio cuenta, no pudo escuchar que un muchacho le ofrecía ayuda, y se había incorporado para darle paso. Se sentó ensimismada, sacó el libro de Pessoa y se quedó detenida, pensando en el artículo del único amor del escritor: *Ofelia*, esa joven tan joven, mis besos no vinieron a cuento, me quedé loco. Eso fue todo, decía el poeta, pero nunca se casó, sólo fueron besos, nada más. No recuerda más. Se durmió profundamente, la lluvia no cesaba.

La despertó el calor humano y un beso prolongado en su boca: el joven se disculpó y le dijo: no pude resistirme, su boca me pedía besos. Ahora tengo que bajarme, buenas noches: fue hermoso, no quise ofenderla. A las pocas horas se detuvo el ómnibus, y el chofer anunció: paramos 15 minutos y seguimos. Se acercó y le preguntó si no habíamos parado hace unas horas. Y se bajaron pasajeros. No señorita, nunca nos detuvimos y no bajó nadie, todos los pasajeros están a bordo. Ud. es la primera en descender, ¿algún problema?

No. La noche era estrellada, tampoco llovía. Se secó la saliva de sus labios y sintió un aroma dulce de rosas, y en el camino estaban esparcidas, sin más, y no había nadie, absolutamente nadie, ni una sombra, sólo el silencio, y su cabeza perturbada ahora por esta nueva experiencia que no tenía ni razones ni verdades, pero ella estaba segura de ese beso. Se quedó adentro. Y la salvó del mundo, y la salvó de un extravío, porque ahora, al vender rosas en las esquinas y regalar pétalos de las que maduran y se caen, sonrío y ya no espera nada más.